

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

III.- LA MUJER CANANEA: “¿QUÉ GRANDE ES TU FE!”

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Los retiros de este ciclo pastoral tratan sobre diferentes encuentros con el Señor: nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Los encuentros son necesarios para la vida humana. Toda persona ha llegado a ser lo que es, en buena medida, por los encuentros que se han producido en su vida. Todo encuentro termina por enriquecer a la persona, aunque sean encuentros desagradables, porque todo encuentro afecta a lo más íntimo de la persona humana. El encuentro es un proceso que cambia a los que se encuentran. Después de un encuentro, soy distinto de como era antes.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que Dios me llama por mi nombre, que ha pensado en mí desde toda la eternidad y se dirige “a mí”, personalmente. No olvidemos nunca que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “Evangelii gaudium” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro.

Lo cierto es que el encuentro con el Señor no deja nada como era antes, y nos hace capaces de hacer cosas nuevas y de dar testimonio de su amor, porque Él nos ha amado primero.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Me siento llamado y amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JUZGAR – DESENCUENTRO:

Mt 15, 21-28:

En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

—Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

—Atiéndela, que viene detrás gritando.

Él les contestó: —Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: —Señor, socórreme.

Él le contestó: —No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

Pero ella repuso: —Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió: —Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees.

En aquel momento quedó curada su hija.

Los Evangelios nos han conservado el recuerdo de un encuentro que tuvo Jesús con una mujer cananea, por lo tanto pagana, en la región de Tiro y Sidón. El relato es sorprendente.

Una primera reacción, perfectamente comprensible, al leer este texto, puede ser la de rechazo, ya que Jesús nos parece un maleducado, incluso desagradable, que no sólo no responde a una mujer que le pide compasión, sino que a continuación le suelta una frase insultante y despreciativa. Pero si nos dejáramos llevar por esta reacción, nos perderíamos uno de los pasajes más significativos y algunas de las enseñanzas clave de Jesús.

La mujer cananea toma la iniciativa de acudir a Jesús, aunque no pertenece al pueblo judío. Es una madre angustiada que vive sufriendo por una hija que tiene un demonio muy malo. Sale al encuentro de Jesús dando gritos: **Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David.**

La primera reacción de Jesús es inesperada. Ni siquiera se detiene para escucharla. Todavía no ha llegado la hora de llevar la Buena Noticia de Dios a los paganos. Como la mujer insiste, Jesús justifica su actuación: **Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.**

La mujer no se echa atrás. En un gesto audaz, se postra ante Jesús, detiene su marcha y de rodillas, con un corazón humilde pero firme, le dirige un solo grito: **Señor, socórreme.**

La respuesta de Jesús rompe nuestros esquemas acerca de Él. Aunque en esa época los judíos llamaban con toda naturalidad “perros” a los paganos, sus palabras resultan ofensivas a nuestros oídos: **No está bien echar a los perros el pan de los hijos.**

El encuentro que buscaba la Cananea parece que se ha tornado en un desencuentro. Pero lejos de rendirse, de manera inteligente la mujer se atreve desde el suelo a replicar a Jesús: **Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.**

Y de pronto, lo que parecía un desencuentro se transforma en un verdadero encuentro, porque Jesús, admirado, le dice: **Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que desees.** Jesús manifiesta que el sufrimiento no conoce fronteras. Es verdad que su misión está en Israel, pero la compasión de Dios ha de llegar a cualquier persona que está sufriendo.

Jesús podría haberle dicho: «¡Qué pesada eres! Vete ya, y que se cure tu hija». O también: «¡Qué astuta has sido al contestarme así!» Pero lo que alaba en la mujer no es su obstinación, ni su inteligencia, sino su fe: **qué grande es tu fe**.

Contrasta este reconocimiento de Jesús con lo que poco antes había dicho a Pedro, cuando comienza a hundirse en el lago: le había dicho que tiene poca fe. Y más adelante dirá lo mismo al resto de los discípulos. En cambio, la cananea, a pesar de ser pagana, tiene gran fe. Y otro pagano, el centurión de Cafarnaún, tenía con una fe tan grande que también admira a Jesús.

Jesús reconoce a la mujer cananea como creyente, aunque sea pagana. Por eso, cualquier ser humano puede acudir a Jesús con confianza, porque Él sabe reconocer su fe aunque no sea miembro de la Iglesia. Los cristianos nos hemos de alegrar de que Jesús siga atrayendo hoy a tantas personas no cristianas.

Cuando nos encontramos con una persona que sufre, la voluntad de Dios resplandece allí con toda claridad. Dios quiere que aliviemos su sufrimiento, venga de donde venga. Es lo primero. Todo lo demás viene después. Ése fue el camino que siguió Jesús para ser fiel al Padre.

Para la reflexión:

- ¿Cuál es mi primera reacción al leer este pasaje del Evangelio?
- ¿Qué hubiera hecho yo, si hubiera estado en el lugar de la mujer cananea?
- ¿Jesús podría decirme, como a la Cananea: ¡Qué grande es tu fe!? ¿Por qué?
- ¿Sé reconocer la fe de personas que no son miembros de la Iglesia?

SILENCIO Y RECHAZO.

Cuando Jesús respondió a la Cananea: **Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel**, ella no se calló al oír esa respuesta, ni tampoco se retiró desilusionada. Es verdad que la respuesta del Señor hubiera desanimado a cualquiera. Ya el silencio inicial pudiera haberla hecho desesperar ya de su intento. Pero la Cananea es capaz de no “tirar la toalla”, de no recluirse en lamentos estériles, de no recrearse en una amargura sin esperanza. Confía en que es posible el milagro.

Si somos sinceros, no es eso lo que nosotros solemos hacer. Apenas vemos que no obtenemos lo que pedimos, desistimos de nuestras súplicas, cuando, por eso mismo, más debíamos insistir. Por eso Jesús señala a esta humilde mujer como ejemplo de fe. Su insistencia en invocar la intervención de Cristo es para nosotros un estímulo a no desalentarnos jamás y a no desesperar ni siquiera en medio de las pruebas más duras de la vida. El Señor no cierra los ojos ante las necesidades de sus hijos y, si a veces parece insensible a sus peticiones, es sólo para ponerlos a prueba y temprar su fe.

El silencio y aparente rechazo de Jesús a nuestras peticiones y súplicas constituye una «prueba» de la fe. No hay auténtica vida de fe que no deba confrontarse, antes o después, con el misterioso silencio de Dios, que parece no escuchar, e incluso rechazar, la oración más apesadumbrada. No olvidemos que Jesús mismo grita a su Padre desde lo alto de la cruz su dolor por la experiencia de abandono a la que está siendo sometido.

En muchas ocasiones nos hemos encontrado y nos vamos a encontrar con eso que calificamos como “silencio de Dios” o, todavía más, como “rechazo de Dios”. Situaciones inexplicables, incomprensibles, que aparentemente no tienen respuesta. A veces nos sentimos como debió de sentirse la Cananea ante las primeras palabras de Cristo: rechazados por el mismo Dios.

Sin embargo, creemos que Dios no es un padre sádico que quiere hacer sufrir a sus criaturas. Jesús mismo afirma que *«el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren»* (Mt 7, 7). ¿Por qué, entonces, el silencio por respuesta? ¿Cuál es su sentido?

No nos es posible comprender por qué Dios actúa así, pero lo que sí sabemos es que quiere ser invocado en la oración con insistencia, con perseverancia. Dios, a través de la oración, nos tiene junto a Él, haciéndonos crecer en la comunión con Él. En su momento nos mostrará que nos escucha mucho más allá de lo que esperamos.

Por eso, es necesario orar con perseverancia, con insistencia, como la Cananea. En medio del trasiego y la prisa, entre el ruido y el agobio, a pesar del trabajo, por encima de los compromisos sociales y de las diversiones, es necesario encontrar sitio y hora para encontrarnos con el Señor por medio de la oración.

Cuando falla la conversación entre los novios, o el matrimonio, o los amigos, o los hijos, es que se está acabando el amor y la amistad. Pues así exactamente le pasa a un cristiano con Dios. Dios y el cristiano son dos amigos que se encuentran, que entretengan juntos cada día, Alguien con quien se comparte la vida, con todas sus ilusiones y decepciones, un Dios con el que se habla, con el que se cuenta, a quien se pide en la necesidad, y a quien se agradece. Y esto no puede hacerse sin orar insistentemente, como hizo la mujer Cananea.

En el encuentro orante con el Señor comprendemos que Dios es Dios y nosotros somos únicamente sus pequeñas criaturas. Estar en su presencia nos hace reconocer que Dios sabe lo que está bien para todos y para cada uno.

Fe y oración deben ir unidas en nuestra vida. Para encontrarnos con el Señor necesitamos una fe madura que no entienda la oración como búsqueda egoísta de los favores de Dios, ni menos todavía intenta comprarlos con espíritu mercantil. La oración de la fe es confianza en Él, es súplica de quien se reconoce indigente ante el Señor y necesitado de su amor y de su gracia, y por eso no cesa hasta alcanzarlas. Por eso en la Cananea se ha visto siempre un modelo de fe y oración unidas.

Para la reflexión:

- La Cananea es capaz de no “tirar la toalla”, de no reclirse en lamentos estériles, de no recrearse en una amargura sin esperanza. Confía en que es posible el milagro. ¿Es así en mi caso?
- No hay auténtica vida de fe que no deba confrontarse, antes o después, con el misterioso silencio de Dios, que parece no escuchar, e incluso rechazar, la oración más apesadumbrada. ¿He tenido esta experiencia? ¿Cómo me sentí, cómo reaccioné?
- Es necesario orar con perseverancia, con insistencia, como la Cananea. En medio del trasiego y la prisa, entre el ruido y el agobio, a pesar del trabajo, por encima de los compromisos sociales y de las diversiones, es necesario encontrar sitio y hora para encontrarnos con el Señor por medio de la oración. ¿Cuáles son mis “sitios” y mis “horas” para encontrarme con el Señor en la oración? ¿Qué dificultades tengo para buscar “sitios y horas” para orar?

- Medito este párrafo: Dios y el cristiano son dos amigos que se encuentran, que entretejen juntos cada día, Alguien con quien se comparte la vida, con todas sus ilusiones y decepciones, un Dios con el que se habla, con el que se cuenta, a quien se pide en la necesidad, y a quien se agradece. Y esto no puede hacerse sin orar insistentemente, como hizo la mujer Cananea.

ACTUAR - ¡QUÉ GRANDE ES TU FE!

La mujer cananea se acerca a Jesús guiada por la fe. Una fe que le lleva a reconocer a Jesús como Señor, y a acudir a Él como el único que puede traer la salud, la salvación. Y Jesús pone a prueba la fe de aquella mujer. El diálogo entre ellos nos recuerda una especie de “tira y afloja”, que va sacando a la luz lo que se encuentra en lo profundo del alma humana.

Nosotros cristianos tenemos que aprender de esta mujer muchas cosas. A Dios se le encuentra con la fe, no con el orgullo. A Dios se le encuentra no con el racionalismo, sino con la confianza. A Dios siempre se le encuentra cuando uno se le acerca con humildad, no con autosuficiencia.

El encuentro de la Cananea con el Señor nos invita a revisar nuestra fe:

En primer lugar, si es la fe la primera actitud que define mi relación personal con Dios, o si más bien, la fe es el último recurso, cuando ya lo he probado todo y no me queda ninguna otra esperanza. A Dios le gusta que nuestra relación habitual, diaria y personal con Él se dé siempre en el ámbito de la fe. Dios quiere que nos fiemos de Él, que tengamos la suficiente confianza como que nunca pongamos en duda su amor.

En segundo lugar, si mi fe es humilde. Debo preguntarse si sé agarrarme de Dios incluso cuando no entiendo nada de nada, cuando no comprendo sus planes, cuando me resulta imposible ver su amor en algo que me ha sucedido. Si soy capaz de hacerme pequeño y decirle a Dios: “No te entiendo, pero me fío de ti”.

En tercer lugar, si mi fe es tan grande que, incluso cuando no entiendo nada de nada de los planes de Dios sobre mí o sobre los demás, pongo por delante siempre mi fe absoluta en Él. Si acepto que Dios nos sobrepasa y nos supera.

El encuentro de la Cananea con Jesús nos enseña que la fe es lo fundamental en el cristiano. Incluso cuando uno ve el futuro y siente ansiedad, incluso cuando uno ve los problemas y siente impotencia, incluso cuando uno constata los graves problemas que afligen al mundo y sufre el silencio de Dios, no hay otra salida que la fe. Porque Dios es más grande que todo eso.

El encuentro de la Cananea con Jesús nos debe llevar a profundizar en experiencias de fe y confianza, de perseverancia, que han de repercutir en cualquier ámbito de la vida. Experiencias que algunos autores han sabido resumir en frases como éstas:

- Sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca a las circunstancias, creándolas si no las encuentra (Bernard Shaw, dramaturgo).
- Es intentando lo imposible como se realiza lo posible (Henri Barbusse, escritor).

- En la pugna entre el arroyo y la roca, siempre triunfa el arroyo... no porque sea muy fuerte, sino porque persevera (H. Jackson Brown, autor).
- Al que todo lo pierde, le queda Dios todavía (Arthur Schopenhauer, filósofo).
- Encomiéndate a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas (Cervantes, novelista, poeta y dramaturgo).
- Aquél que tiene fe no está nunca solo (Thomas Carlyle, filósofo).
- Quien pierde su fe no puede perder más (Publio Siro, escritor latino).

La fe en Cristo es la raíz y el centro de la vida cristiana. No necesitamos ver a Jesús para encontrarnos con Él. Nosotros somos cristianos porque creemos en Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado para salvarnos. Jesús no es un libro, un dogma o un código de comportamiento: es una Persona que vivió históricamente hace dos mil años, el Hijo de Dios nacido de María Virgen, el Señor en el que creemos, al que amamos e intentamos seguir.

Si Jesús ha resucitado verdaderamente, entonces podemos encontrarnos con Él. La oración nos ayuda a encontrarnos con Él, y por ese encuentro todo cambia en nuestra vida y nada es ya como antes, y cambia para mejor en todos los sentidos. El encuentro con el Señor nos hace más humanos, más generosos, más capaces de sacrificarnos por el prójimo.

A todos nos gustaría escuchar de los labios del mismo Señor: **qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.** Busquemos el encuentro con el Señor, perseveremos en nuestra oración en todo tiempo, pues, aunque el Señor parezca no oírnos, no es que nos quiera desairar; es para movernos a clamar más fuerte y así hacernos percibir mejor la grandeza de su misericordia, como la experimentó la mujer cananea.

Para la reflexión:

- El encuentro de la Cananea con el Señor nos invita a revisar nuestra fe:
 - ¿Es la fe la primera actitud que define mi relación personal con Dios, o la fe es el último recurso, cuando ya lo he probado todo y no me queda ninguna otra esperanza?
 - ¿Sé agarrarme de Dios incluso cuando no entiendo nada de nada, cuando no comprendo sus planes, cuando me resulta imposible ver su amor en algo que me ha sucedido?
 - ¿Acepto que Dios nos sobrepasa y nos supera?
- Medito estas frases sobre experiencias de fe y perseverancia:
 - Sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca a las circunstancias, creándolas si no las encuentra (Bernard Shaw, dramaturgo).
 - Es intentando lo imposible como se realiza lo posible (Henri Barbusse, escritor).
 - En la pugna entre el arroyo y la roca, siempre triunfa el arroyo... no porque sea muy fuerte, sino porque persevera (H. Jackson Brown, autor).
 - Al que todo lo pierde, le queda Dios todavía (Arthur Schopenhauer, filósofo).
 - Encomiéndate a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas (Cervantes, novelista, poeta y dramaturgo).
 - Aquél que tiene fe no está nunca solo (Thomas Carlyle, filósofo).
 - Quien pierde su fe no puede perder más (Publio Siro, escritor latino).

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

III.- LA MUJER CANANEA: “¿QUÉ GRANDE ES TU FE!”

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros he tenido que han sido significativos en mi vida?
- ¿Me siento llamado y amado personalmente por el Señor? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- ¿Recuerdo haber tenido algún encuentro con el Señor? ¿Cómo ha influido en mi vida?

JUZGAR – DESENCUENTRO: Mt 15, 21-28:

En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

—Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

—Atiéndela, que viene detrás gritando.

Él les contestó: —Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: —Señor, socórreme.

Él le contestó: —No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

Pero ella repuso: —Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió: —Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.

En aquel momento quedó curada su hija.

- ¿Cuál es mi primera reacción al leer este pasaje del Evangelio?
- ¿Qué hubiera hecho yo, si hubiera estado en el lugar de la mujer cananea?
- ¿Jesús podría decirme, como a la Cananea: ¡Qué grande es tu fe!? ¿Por qué?
- ¿Sé reconocer la fe de personas que no son miembros de la Iglesia?

SILENCIO Y RECHAZO.

- La Cananea es capaz de no “tirar la toalla”, de no recluirse en lamentos estériles, de no recrearse en una amargura sin esperanza. Confía en que es posible el milagro. ¿Es así en mi caso?
- No hay auténtica vida de fe que no deba confrontarse, antes o después, con el misterioso silencio de Dios, que parece no escuchar, e incluso rechazar, la oración más apesadumbrada. ¿He tenido esta experiencia? ¿Cómo me sentí, cómo reaccioné?
- Es necesario orar con perseverancia, con insistencia, como la Cananea. En medio del trasiego y la prisa, entre el ruido y el agobio, a pesar del trabajo, por encima de los compromisos sociales y de las diversiones, es necesario encontrar sitio y hora para encontrarnos con el Señor por medio de la oración. ¿Cuáles son mis “sitios” y mis “horas” para encontrarme con el Señor en la oración? ¿Qué dificultades tengo para buscar “sitios y horas” para orar?
- Medito este párrafo: Dios y el cristiano son dos amigos que se encuentran, que entretejen juntos cada día, Alguien con quien se comparte la vida, con todas sus ilusiones y decepciones, un Dios con el que se habla, con el que se cuenta, a quien se pide en la necesidad, y a quien se agradece. Y esto no puede hacerse sin orar insistentemente, como hizo la mujer Cananea.

ACTUAR – ¡QUÉ GRANDE ES TU FE!:

- El encuentro de la Cananea con el Señor nos invita a revisar nuestra fe:
 - ¿Es la fe la primera actitud que define mi relación personal con Dios, o la fe es el último recurso, cuando ya lo he probado todo y no me queda ninguna otra esperanza?
 - ¿Sé agarrarme de Dios incluso cuando no entiendo nada de nada, cuando no comprendo sus planes, cuando me resulta imposible ver su amor en algo que me ha sucedido?
 - ¿Acepto que Dios nos sobrepasa y nos supera?
- Medito estas frases sobre experiencias de fe y perseverancia:
 - Sólo triunfa en el mundo quien se levanta y busca a las circunstancias, creándolas si no las encuentra (Bernard Shaw, dramaturgo).
 - Es intentando lo imposible como se realiza lo posible (Henri Barbusse, escritor).
 - En la pugna entre el arroyo y la roca, siempre triunfa el arroyo... no porque sea muy fuerte, sino porque persevera (H. Jackson Brown, autor).
 - Al que todo lo pierde, le queda Dios todavía (Arthur Schopenhauer, filósofo).
 - Encomiéndate a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas (Cervantes, novelista, poeta y dramaturgo).
 - Aquél que tiene fe no está nunca solo (Thomas Carlyle, filósofo).
 - Quien pierde su fe no puede perder más (Publio Siro, escritor latino).

LA MUJER CANANEA (Ainkarem)

<https://www.youtube.com/watch?v=JZzUfn71skk>

Saliste de tu espacio conocido,
Yo fui en busca del Hijo de David,
tú, judío y yo, pagana,
Pastor de Israel
y yo madre desolada.
El encuentro nos abrió el corazón,
aclaró nuestra mirada,
despejó nuestros oídos
y el diálogo fue lazo de unión
en el Dios de los vivos.

TÚ NOS DAS EL PAN Y LA VIDA,
TÚ, LA SALUD Y LA SALVACIÓN,
TÚ NOS SIENTAS A TODOS EN TU MESA,
PARA TI NO HAY DISTINCIÓN (2).

¡Ten piedad de mí!, grité con fuerza,
ni tus discípulos, Señor, ni tu silencio
acallaron mis palabras:
Señor, ¡ten piedad de mí
y de quienes son olvidadas!
“Comerán del pan sólo los hijos”.
Señor, pero los perritos
también comen las migajas.
“¡Grande es tu fe, mujer!,
dijiste y mi hija quedó sana.

